39. Espíritu elevado, independiente y recto, no obstante su falta de sentido moral, mira con soberano desdén las preocupaciones de la moda, los vicios de la política y todas las debilidades de la naturaleza humana. Con el terrible flagelo de su mordaz y chispeante sátira azota, ora á las sectas filosóficas, ora á los belicosos demagogos, ya á los alambicados sofistas, ya, finalmente, á los ideólogos, desnudos de sentido práctico. No se le escapa ninguna de las ridiculeces de su pueblo, ni de las del espíritu humano, cuando por el camino se le atraviesan; las persigue todas, hasta derribarlas, mortalmente heridas por los golpes de su causticidad.

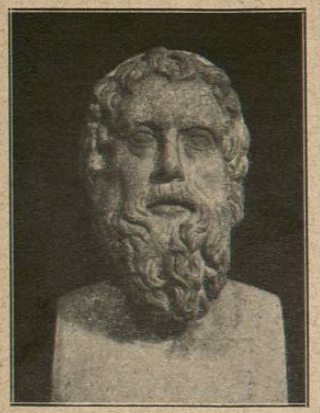

Fig. 4. Aristófanes.

40. De las 40 comedias auténticas suyas, tan sólo nos quedan 11; que son las únicas comedias griegas antiguas que han llegado íntegras hasta nosotros.

Intitúlanse: los *Acarnios, Pluto,* las *Nubes,* las *Aves,* la *Paz, Lisístrata,* las *Ranas,* las *Avispas,* las *Tesmoforiazantes* (ó las mujeres en las Tesmoforias), las *Parlamentarias* (ó las mujeres en las asambleas populares) y los *Caballeros.*

41. En su teatro sobresalen las *Nubes*, las *Aves* y las *Ranas*. En la primera, su pieza más célebre y reputada por él mismo como su mejor obra, ataca á los sofistas coetáneos, por cuyo prototipo hace pasar injustamente á Sócrates.

Las *Aves,* en que ridiculiza las fatuas esperanzas que Atenas tenía en la expedición á Sicilia, es sin disputa la pieza en que muestra mayor ingenio.

Á sus más espirituales comedias pertenece las *Ranas:* la cual obtuvo el primer premio y va dirigida contra

los malos trágicos y la decadencia escénica, que el poeta achaca, no sin razón, á Eurípides.

42. Lejos de ser Aristófanes un autor frívolo, están sus comedias inspiradas por tendencias serias; se encaminan al bien público; á la patria sirven las formidables armas de su sátira. Esta consideración y las estragadas costumbres de la época, atenúan las groseras obscenidades de muchas de sus piezas.

En la invención y disposición de la fábula, en las situaciones y pormenores, en el lenguaje y en la palabra: dondequiera brotan perennes los raudales de su chiste. Brilla también Aristófanes por la perfección y el más puro aticismo de su estilo. Y como para hacer gala de sus poderosas facultades poéticas, se eleva en los coros, con solemne tono y sublime inspiración, á las mayores alturas del lirismo [1].

Mér. princ.: *chiste* y *fantasía.*

Def. princ.: *obscenidad.*

43. Bien pronto motivaron las procacidades personales de la comedia un decreto de los Treinta Tiranos, que prohibía la parábasis, poner en escena sucesos contemporáneos y nombrar personas vivas.

El cual decreto puso fin á la comedia *antigua* y dió origen á la *media*, no menos agresiva y desenfrenada que aquélla, con la sola diferencia de que en sus ataques usaba la careta de las alusiones. Pero el entronizamiento de la oligarquía en Atenas hizo que los aristócratas, que, llevados de miras políticas, pagaban á los cómicos y costeaban las representaciones de sus obras, les retiraran su protección.

La muerte de la libertad política dió, pues, golpe mortal á la comedia; como lo da siempre á casi toda la literatura.

[1] Á Platón se atribuye este epitafio: «Las Gracias buscaban un santuario, y lo hallaron en tu alma, ¡oh Aristófanes!» — San Juan Crisóstomo tenía sus comedias siempre á la cabecera de la cama.

44. No ofrece especial interés ni nombres ilustres esta fase del teatro cómico. Ofrécelos sí la llamada *nueva,* cuyo principal representante es **MENANDRO** (342 á 290 ant. de J. C.), discípulo del filósofo Teofrasto. Inventó la comedia de costumbres y de caracteres, tal como la entienden los modernos.

Por desgracia, sólo fragmentos de sus comedias se conservan, los que no permiten formar juicio acerca de un poeta á quien admira grande y unánimemente la antigüedad.

45. Distinguiéronse en los tres períodos de la comedia griega muchos otros ingenios cómicos y mímicos, de cuyo mérito tampoco nos es dado juzgar, por haberse perdido total ó casi totalmente sus obras.

Fig. 5. Heródoto.

2. PROSA.

A. Historia.

HERÓDOTO.

1. No sorprende menos la fuerza del genio griego en la creación de la prosa que en la de la poesía.

Deslumbrado por la gloria del pueblo helénico después de sus triunfos sobre la Persia, y encantado con las narraciones de Homero, concibió *Heródoto* (fig. 5), un joven de Halicarnaso (siglo V ant. de J. C.), el noble cuanto difícil designio de escribir la historia de la Grecia y del Oriente y en particular la de las guerras médicas.

Á este fin emprendió muchos y arduos viajes por casi todo el mundo entonces conocido; estudió los monumentos históricos; observó é interrogó.

Movido de sincero amor á la verdad y de levantado espíritu de crítica, quiso ver y examinar todo lo que era posible examinar y ver. — En su historia somete á maduro examen cuanto se le refiere, y si después de él la duda no cede, la confiesa con ingenuidad.

Los más recientes descubrimientos se han encargado de evidenciar el amor á la verdad y el profundo sentido crítico del Padre de la Historia; así como de confundir la audaz ignorancia de cierta escuela histórica, que se complacía en motejarle de crédulo.

Añadiremos que ningún historiador antiguo es tan imparcial como él.

2. Pero, si, desde el punto de vista científico, pertenece su *Historia*[1] á los más preciosos monumentos de la antigüedad; considerada literariamente, respira en su conjunto cierta grandeza épica.

El pueblo helénico es el héroe; sus glorias guerreras forman el núcleo de la acción, al rededor del cual se agrupan, hábil y bellamente ordenadas, la narración de los demás sucesos y la historia de los otros pueblos. Con arte infinito é interés dramático se desarrolla el pintoresco y anchuroso cuadro. Deliciosamente fluctúa su estilo entre la entonación épica y la sencillez de la prosa. Narra con extremado candor en muy escogido lenguaje.

3. Así, no es extraña la admiración que la obra de Heródoto despertó en sus contemporáneos, ni el vivo entusiasmo con que el pueblo la acogió, oyendo leer parte de ella á su autor en los Juegos Olímpicos. Ni tampoco maravilla que á cada uno de sus nueve libros se diera el nombre de una de las nueve musas; como diciendo que todas ellas: la de la epopeya y la de la historia; la del drama y la de la armonía; lo terrestre y lo celestial, se aúnan graciosamente en Heródoto:

[1] Comprende un período de 320 años, desde Giges de Lidia hasta la fuga de Jerjes.

009971

altísimo elogio, confirmado por la posteridad; que tiene al Padre de la Historia también por el creador de la prosa y el acabado modelo de la forma histórica.

Mér. princ: *majestad de tono* y *sencillez de estilo.*

TUCÍDIDES.

4. Apartóse por entero de la narración y del estilo de Heródoto, *Tucídides*, de Atenas (siglo V ant. de J. C.); quien se inmortalizó con su historia de la guerra del Peloponeso[1] (431—411) y es mirado como el historiógrafo científicamente mayor de la antigüedad. Instruído en la filosofía y la elocuencia, se dedicó á los negocios públicos. En la guerra del Peloponeso mandaba una flota ateniense. Pero, como llegase demasiado tarde á Anfípolis, á la cual debía socorrer contra los espartanos, que por sorpresa acababan de apoderarse de ella, fué condenado á muerte como traidor á la patria. Evitó el injusto castigo abrazando voluntariamente el destierro. En él compuso su grande obra.

5. Propónese Tucídides instruir más bien que narrar. Indaga con ojo escudriñador y profunda mirada la causa de los sucesos y los móviles de las acciones individuales; dibuja con experta y segura mano los caracteres, refiere los hechos con exactitud crítica y escrupulosa veracidad, aunque no sin alguna pasión. Las arengas que, para pintar caracteres y hacer reflexiones, pone en boca de sus personajes, son hermosas. Pero tal recurso excogitado por él é imitado por todos los historiadores de la antigüedad, se ha de mirar como no muy feliz.

Ni la sencillez, ni la narración pintoresca, ni las galas poéticas de Heródoto hay que buscar en él, sino la filosofía de la historia. Todos esos primores los desdeña su austero y excesivamente conciso estilo. Á más de la afectada brevedad, concurren á hacerle obscuro sus enmarañados períodos.

[1] La cual terminó en 404 ant. de J. C.

Haciendo cumplida justicia al subidísimo valor científico y á las esclarecidas dotes literarias de Tucídides, le han de juzgar las letras como inferior á Heródoto y lamentar que hubiese reñido con los principios estéticos, por éste tan brillantemente sentados y tan perfectamente hermanables con la filosofía de la historia.

Mér. princ.: *profundidad* y *vigor.*

Def. princ.: *obscuridad.*

JENOFONTE.

6. El tercero de los principales historiadores griegos, aunque muy inferior en mérito á los otros dos, es *Jenofonte*, de Atenas (¿430—354? ant. de J. C.). Fué discípulo de Sócrates, por quien siempre conservó vivísimo afecto. En la escuela socrática aprendió la cordial religiosidad y el señalado amor á la justicia, que animan sus escritos. Hizo en compañía de su amigo Ciro, el Menor, la campaña contra Artajerjes, hermano de éste. Derrotado Ciro, se puso Jenofonte á la cabeza de los 10.000 griegos auxiliares y con eminente talento estratégico dirigió, á través de mil obstáculos y peligros, su retirada.

7. Tan memorable expedición y regreso refiere en su mejor obra histórica, la *Anábasis (subida*[1]*)*, con aquella sencilla elegancia, claridad y gracia que le caracterizan[2].

En las *Helénicas (cosas griegas)* continúa la historia de Tucídides hasta la batalla de Mantinea.

Además de sus obras filosóficas, en que expone la doctrina de Sócrates, y de las políticas y didácticas, escribió la *Ciropedia* (*educación de Ciro,* el Grande), una novela didascálica, en que diseña el ideal de un príncipe, formado en la escuela socrática.

8. Con encumbrada filosofía, ve Jenofonte en la divina ordenación la causa suprema de los acontecimien-

[1] Esto es, á las altas montañas asiáticas.

[2] Por la dulzura de su estilo se le ha llamado, como á Sófocles, la *abeja ática.*

tos humanos, mientras Heródoto la busca en la fatalidad y Tucídides en el hombre mismo.

Mér. princ.: *elegancia.*

9. Como género literario, fué creado el apólogo por *Esopo;* quien se supone que vivió en el siglo VI ant. de J. C. y que gozó del favor de Creso, rey de Lidia.

Entre las fábulas que llevan su nombre, hay muchas apócrifas. Sin embargo, el estudio comparativo de la colección de apólogos que se le atribuyen, patentiza la inventiva, sagacidad filosófica y candoroso estilo del autor principal.

10. En el siglo I ant. de J. C. las coleccionó de nuevo y las puso en verso un cierto *Babrio ó Gabrias.* Pero los gramáticos las redujeron otra vez á prosa.

B. Elocuencia.

11. Favorecido el genio helénico por las asambleas populares de Atenas y la facultad de hablar en ellas, facultad que la ley de Solón otorgaba á todos los ciudadanos de más de cincuenta años; no tardó en imitar el ejemplo dado por las arengas históricas y cultivar la elocuencia con brillo sumo. La oratoria forense perfeccionóse rápidamente y la política llegó luego á su apogeo.

12. Merecida celebridad obtuvo, como maestro de retórica y orador, **ISÓCRATES**, de Atenas (436—338 ant. de J. C.). En su escuela se educaron muchos esclarecidos oradores atenienses. Eminente patriota, se condenó, según se dice, á morir de inanición, después de la batalla de Queronea, en que pereció la libertad de la Grecia.

13. Carece Isócrates de pasión y de sentimiento; pero tiene infinito arte. Ningún escritor ha limado ni pulido jamás tanto su frase como él. Constituyen sus discursos el mayor triunfo de la eufonía; el cual fuera perfecto, si ocultara el arte.

14. De las oraciones (21) que de él se conservan, gozan de más fama: el *Areopagítico,* en defensa de la antigua constitución ateniense, el *Panegírico* y el *Panatenaico,* discursos de aparato: aquél á favor de la unión de los griegos y éste en elogio de Atenas.

Mér. princ.: *elegancia* y *armonía.*

Def. princ.: *falta de fuerza* y *exceso de arte.*

15. Más grande orador que él, aunque menos elegante; ingenioso, empero, y vehemente, fué *Ésquines,* de Atenas (389—314 ant. de J. C.), el célebre y terrible rival de Demóstenes en la elocuencia y su mortal enemigo en la política. De humilde origen, vivía la mísera vida del cómico, cuando, impulsado de su valiente talento, se mezcló en los negocios públicos, apareció en la tribuna, cautivó con su elocuencia al pueblo y se hizo el poderoso jefe del partido macedónico en Atenas.

Hombre sin patriotismo ni levantados sentimientos, era partidario ardoroso de Filipo de Macedonia; y hubiera arrastrado consigo al pueblo, si no se levantara, desbaratando sus planes, el patriota más insigne de Atenas y una de las glorias literarias más claras y más puras de su patria y del mundo entero: Demóstenes.

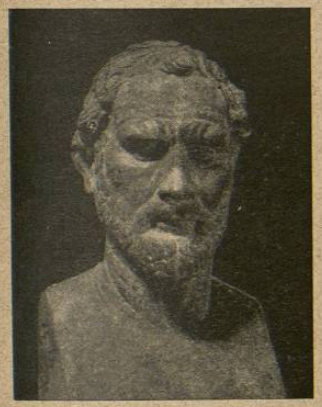

Fig. 6. Demóstenes.

El lustre de la elocuencia de Ésquines proviene de su espontaneidad y abundancia de ideas.

Sólo existen de él 3 arengas, todas contra Demóstenes.

DEMÓSTENES.

16. Demóstenes (383 á 322 ant. de J. C. — fig. 6), ateniense, perdió á los siete años de edad á su padre, un rico armero de Atenas. Pasó los primeros años de su juventud en la ociosidad[1]. Pero de ella le sacó felizmente muy pronto la dilapidación

[1] Mas no en la disolución, como han dicho algunos, que han tomado por verdad las calumnias de Ésquines.

que de sus bienes hacían sus tutores. Vióse obligado á estudiar la oratoria para resguardar su patrimonio. Acusó luego á los inicuos dilapidadores y los hizo condenar. Sin embargo, estaba arruinada su fortuna y la necesidad le constriñó á ejercer la abogacía. Ejercióla, en efecto, con mucho éxito y, sin abandonarla, se dedicó más tarde á la elocuencia política.

17. Desgraciada fué su primera aparición en los comicios populares: su voz era débil; su pronunciación defectuosa; corto, su aliento; su estilo, vicioso. No pudo imponer silencio á la muchedumbre y ésta le silbó. Propúsose entonces corregir sus defectos y vencer á la naturaleza. Apartóse del comercio humano y con inaudita constancia, fuerza de voluntad y mil expedientes ingeniosos[1], abrió campaña contra todo lo que le estorbaba alcanzar la palma de la elocuencia.

18. Sólo cuando conceptúa vencida la naturaleza, aparece nuevamente en la tribuna, asombrando y arrastrando al pueblo con el poder formidable de su voz y el poder más formidable aún de su palabra. Alcanza aquel día el más espléndido triunfo[2]. Desde entonces, á manera de soberano absoluto, domina al pueblo más voluble é inquieto de la tierra, con la fuerza irresistible de su palabra, ora sencilla, ora tranquila, á menudo sublime, siempre llena de alma y del fuego de la inspiración; siempre grave, majestuosa, inflexiblemente lógica, convencedora y dirigida por una perfecta madurez

[1] Refiérese, con más ó menos fundamento, que, para corregir su pronunciación, se echaba piedrecitas en la boca, hablando á través de ellas; corría ó trepaba á las colinas, recitando versos; estudiaba la mímica delante de un grande espejo; colgaba una espada sobre uno de sus hombros que tenía costumbre de encoger continuamente, y declamaba en esta postura. Otras veces íbase á la orilla del mar y gritaba entre el estruendo de las olas para habituarse á dominar con la voz el tumulto popular.

[2] Haciendo abolir la ley de Léptines contra las inmunidades.

de juicio. Jamás habla de improviso; cuando el pueblo le llama inopinadamente á la tribuna, no responde y soporta sereno los sarcasmos de sus adversarios. Pero tan pronto como el león ha meditado el salto y golpe mortal que va á dar y recogido sus fuerzas, se lanza á la arena, y se estremecen con temblor de muerte sus enemigos.

19. Demóstenes ha menester toda esa fuerza incontrastable de su elocuencia, todo su amor ardiente á la patria é inmaculada probidad de costumbres, para acometer la sin igual empresa de levantar el espíritu de la frívola y decadente Atenas y hacerla afrontar la tempestad que sobre ella arma la ambición de Filipo de Macedonia, secundado por el traidor y temible Ésquines, que con su elocuencia seduce al pueblo.

20. Eleva y enardece Demóstenes el abatido espíritu público de los atenienses; revela los planes de Filipo; ataca á este poderoso rey, con toda la pujanza de su genio, en sus inmortales *Filípicas* y *Olínticas*[1]; señala el peligro de la patria; lanza á los atenienses y tebanos á las armas y dirige la campaña. Pero Filipo triunfa en Queronea y hace la paz con Atenas.

21. Algunos años después, decreta al orador la patria agradecida una corona de oro. Ésquines se la disputa. Trábase entonces entre los dos potentes ingenios aquel duelo intelectual á muerte; en el que ambos esgrimen sus mejores y más aceradas armas, nobles é innobles. Ésquines las cree lícitas todas. La condición del adversario se las permite á Demóstenes, quien vence en la celebérrima *Arenga por la corona* á su antagonista, el cual es condenado por abrumadora mayoría de votos.

22. Después de la muerte de Alejandro Magno, excita otra vez á sus conciudadanos á tomar las armas con-

[1] Pronunciadas con motivo del sitio de Olinto por Filipo.

tra la Macedonia. Pero la suerte de la guerra es de nuevo adversa á Atenas. Demóstenes perseguido, se refugia en un templo; padece un lamentable eclipse moral y se quita la vida, envenenándose.

23. Así terminó trágicamente su agitada y sombría existencia, sólo esclarecida por rayos de fugitiva luz, este grande hombre, tipo acabado del amor á la patria é insuperable modelo de la más consumada elocuencia.

24. Fuera de los tres mencionados oradores, comprende el canon alejandrino de la escuela oratoria de Atenas siete notables ingenios más, á saber: *Antifonte, Andócides, Lisias, Iseo, Licurgo, Hipérides* y *Dinarco.*

PLATÓN.

25. Para tocar la postrera meta del esplendor, faltaba á las letras helénicas que la ciencia, de suyo austera, árida y enemiga de las galas de la imaginación, se adornase con los atavíos de la poesía, y presentase el raro y único ejemplo de una razón elevadísima y eminentemente filosófica, asociada, en todas sus graves y múltiples investigaciones, con una fantasía no menos elevada y eminentemente poética. Esta gloria, que da la medida de la grandeza del genio griego, cupo á *Platón,* de Atenas (429—348), llamado el *divino* y merecedor de tan honroso nombre.

26. Dotado de brillantísima imaginación, consagróse en su juventud al cultivo de la poesía. Pero de tal manera le cautivó la conversación filosófica de Sócrates que renunció á las esperanzas del poder y de la fortuna y á sus estudios y se hizo discípulo suyo. Tanto descolló en la filosofía que se le tiene por uno de los más grandes y profundos pensadores que hayan existido [1]. Viajó mucho y volvió á Atenas á la edad de cuarenta años.

[1] Como filósofo es inferior á Aristóteles. Pero ni éste, ni Tales, ni Pitágoras, ni Jenófanes, ni Sócrates mismo, á pesar de su talento literario, ni el eminente médico Hipócrates, deben incluírse en la historia de la literatura; porque sólo fueron sabios y no literatos.

Ocupó toda la segunda mitad de su larga vida en enseñar la filosofía y en componer y pulir constantemente los innumerables y encantadores *Diálogos,* en que ventila, con la más amena, graciosa y elocuente forma y la más sublime inspiración, todos los problemas trascendentales del espíritu humano. Incurre, es verdad, en numerosos y graves errores y no pocas utopías; fruto aquéllos y éstas de la debilidad de la razón humana, entregada á sus propias luces. Pero, aun en las horas que aquel gigantesco entendimiento se rinde á la flaqueza del hombre, resplandece siempre su fuerza y ni el genio ni la poesía le abandonan jamás.

Tal le sucede en las paradojas que desenvuelve, con infinita agudeza y vivísima elocuencia, en la *República.*

27. En el *Protágoras,* tenido por su obra maestra y lleno de acción y movimiento, se mofa de los sofistas con inagotable ironía.

En el *Banquete ó Sobre el Amor,* entona un himno muy poético á la ciencia, cuyo fin es enseñar el amor de la belleza imperecedera de la virtud.

28. Sublime se manifiesta Platón en todas sus obras; en todas, delicadísimo artista, que se vale de una sencillez de indefinible encanto para producir soberanos efectos y las más hondas y duraderas impresiones. Pero en ninguno de sus diálogos pone tan de manifiesto la perfección de su arte, unida á las profundas lucubraciones filosóficas, como en el *Fedón* ó *Sobre el alma* y su inmortalidad. En el cual reina una sencillez sin par, que eleva el espíritu y conmueve el alma con inusitada fuerza. Es un discípulo, quien refiere los postreros momentos de un hombre admirable, gloria de su patria y de la humanidad é ídolo de sus discípulos. Sócrates va á beber una hora más tarde la cicuta y razona con sublime calma y serena alegría sobre la inmortalidad. Está como en éxtasis hablando de la naturaleza del alma y de las maravillas de la vida venidera; y como en éx-

tasis le escuchan los suyos. Allí no se vierte una sola lágrima; no se oye un sólo gemido. Ni el divino Platón tampoco siente humedecerse, al parecer, sus ojos, ni exhalar la más leve queja á su corazón.

Pero, quien pueda leer esa perla del arte sin derramar una lágrima, piense que el mundo de la belleza no ha sido creado para él.

Mér. princ.: *sublimidad* y *sencillez.*

29. Ilustróse también como escritor el célebre peripatético, *Teofrasto* (¿372?—287 ant. de J. C.), discípulo de Aristóteles. Mas sólo quedan fragmentos de su obra, *Caracteres morales;* fragmentos que, si bien manifiestan la agudeza de su espíritu, no son suficientes para juzgar de sus prendas literarias.

30. Aquí termina la edad de oro de las letras griegas, llamada el *siglo de Pericles,* por haber llegado Atenas al apogeo de su grandeza política é intelectual, merced á la sabia administración de este excelente y cultísimo hombre de estado, que dirigió durante cuarenta años los destinos de su patria (469—429 ant. de J. C.).

31. Descuellan entre todos los escritores del primer período ó edad de oro: Homero, Platón y Demóstenes (los tres autores griegos sublimes); y Sófocles, Esquilo, Aristófanes, Heródoto y Píndaro; todos los cuales, por su talento creador y extraordinarias facultades estéticas, merecen el dictado de *genios.*

CAPÍTULO III.

SEGUNDO PERÍODO.—DECADENCIA DE LA LITERATURA GRIEGA.

(Desde la muerte de Alejandro Magno, 323 ant. de J. C., hasta el fin del imperio bizantino, 1453.)

1. LITERATURA ALEJANDRINA.

1. De ordinario, aunque no necesariamente, siguen las letras la suerte de los pueblos. Así, cuando cayó Atenas, que era el emporio de la cultura helénica, decayó también visiblemente la literatura griega.

Pero la principal causa de la decadencia literaria se ha de buscar en la afectación. Por el funesto deseo de la novedad, innato en el espíritu humano, se extravían los ingenios que vienen tras de la edad de oro de una literatura; creen agotado el inexhausto venero de lo bello; pretenden complacer al necio público, que es siempre novelero; buscan el falso brillo y dan en la hinchazón, que es la ruina del arte.

2. Con todo, como el genio griego tuviese poderosísima vitalidad, fué lenta su declinación y continuó produciendo notables talentos en la nueva, bien elegida y bella capital del mundo político y científico: Alejandría. Aquí fundaron los Ptolomeos una soberbia biblioteca y por espacio de más de un siglo favorecieron decididamente á los sabios y literatos.

3. Excepto Teócrito, carecen de numen y de gusto los poetas alejandrinos, y abundan en juegos de ingenio é indigesta erudición. Sin embargo, sobresalieron en la elegía y el epigrama; en particular **CALÍMACO**, de Cirene (siglo III ant. de J. C.).

A. Poesía.

(4. Un poeta cortesano de Alejandría, **Licofrón** [siglo III ant. de J. C.], trágico, es autor de un interminable y enigmático monólogo, intitulado *Casandra ó Alejandra,* en que esta hija de Príamo predice á su padre la ruina de Troya.)

(Buena versificación y algunas buenas descripciones tienen las *Argonáuticas,* muy mediocre ensayo épico, de **Apolonio de Rodas** [siglo III ant. de J. C.].)

(**Arato de Solos** [siglo III ant. de J. C.] escribió en correcto verso un poema astronómico, *Fenómenos.*)

5. Con eminente talento poético y gusto y con gran sencillez y naturalidad cultivó el género bucólico, por él creado, **TEÓCRITO**, de Siracusa (siglo III ant. de J. C.), eximio en la pintura de los caracteres y de las escenas de la naturaleza. Nada hay en él de artificio ni de sentimentalismo, aunque la realidad peca á veces de sobrado